

“Ser amados por alguien nos hace esperar en él”: La amistad como fuente de esperanza en Tomás de Aquino

“Being loved by another makes us hope in him”: Friendship as a source of hope in Thomas Aquinas

MÓNICA GARCÍA CAMPOS
ORCID: 0009-0006-5323-0629
Universitat Abat Oliba CEU, CEU Universities
mgarcia6@uao.es

LUIS MARIANO BÁRTOLI
ORCID: 0000-0003-0324-5532
Universitat Abat Oliba CEU, CEU Universities
lbartoli@uao.es

Resumen: Este artículo explora el vínculo entre amistad y esperanza, con el objetivo de indagar si es posible encontrar en la comunión de vida que se da entre amigos un fundamento que alimente la esperanza de alcanzar el bien y la felicidad plenos hacia el que se orienta el ser humano como a su plenitud última, consistente en la contemplación. Para ello, se profundiza en el pensamiento de Tomás de Aquino y en la tradición clásica que ha abordado estas cuestiones.

Palabras clave: Tomás de Aquino, amistad, esperanza, felicidad, caridad

Abstract: *This article explores the link between friendship and hope, with the aim of investigating whether it is possible to find, in the shared life between friends, a foundation that nourishes the hope of attaining the full good and happiness towards which human beings are oriented as their ultimate fulfilment, consisting in contemplation. To this end, it delves into the thought of Thomas Aquinas and the classical tradition that has addressed these questions.*

Keywords: *Thomas Aquinas, friendship, hope, happiness, charity*

Artículo recibido el 3 de agosto de 2025 y aceptado para su publicación el 4 de noviembre de 2026.

<https://doi.org/10.63534/2938-3994.170.2025.GarciaBartoli>

I. Introducción

El ser humano, por su condición de creatura que no es el Ser, sino que participa del ser, no tiene por su misma naturaleza su plenitud o perfección última acabada o lograda. Ha de ordenarse a esa plenitud a través de sus actos. Por eso, en esta vida presente, su condición propia es la del *status viatoris*. El hombre es un peregrino en la tierra, es un caminante que se dirige hacia un bien que le ofrecen gozo y perfección. Es por ello que “estar en camino», ser *viator* quiere decir sobre todo “caminar hacia la felicidad”. De allí que, como concluye Pieper, “el estado de ser en camino no es, en su sentido inmediato y externo, una determinación local. Este estado expresa más bien la constitución más íntima de la creatura”¹.

Dicho bien, no obstante, no se le presenta en esta vida presente en todo su radical esplendor, sino que se encuentra velado, “lo ve como en un espejo”. No se tiene la certeza de su consecución, sino que se espera alcanzarlo. Como señala Polo, precisamente por ser un *homo viator*, “la esperanza es el armazón de la existencia del ser humano en el tiempo”². En efecto, no se puede vivir humanamente sin estar en la espera confiada de aquel bien difícil futuro, que exige todo de uno mismo, que es la felicidad.

Ahora bien, en medio de esta cultura posmoderna que nos toca vivir el camino parece hacerse extremadamente solitario e individualista. No son pocos los que describen la situación actual como de una segunda revolución individualista. Así Gilles Lipovetsky sostiene que “no es cierto que estemos sometidos a una carencia de sentido, a una deslegitimación total; en la era posmoderna perdura un valor cardinal, intangible, indiscutido a través de sus manifestaciones múltiples: el individuo y su cada vez más proclamado derecho a realizarse”¹. No es que la vida no tenga sentido, es que lo que le da sentido es vivir en una relación del yo con el propio yo. Es la exaltación del yo, la desmedida preocupación por el yo y el deseo de realizarse según sus propias pretensiones.

Pero a la vez, nuestra época individualista está marcada por una profunda desesperanza que impide avanzar adecuadamente. En efecto, Byung Chul

¹ J. PIEPER., *Las virtudes fundamentales*, 370.

² L. POLO, *La esperanza*, 157.

Han en su reciente libro *El espíritu de la esperanza* sostiene, coincidiendo con la tradición clásica y cristiana, que el hombre vive en el futuro, es un ser de expectativas proyectado hacia la consecución de un bien, no obstante, nuestro tiempo está caracterizado por el nihilismo y un creciente presentismo, que teme del futuro e intenta conseguir la felicidad en el hedonismo del aquí y del ahora³. La desesperanza aparece como una de las principales manifestaciones del espíritu humano. En este sentido, la esperanza, para el autor surcoreano, sería el antídoto contra el miedo y el salvavidas del actual panorama cultural.

Es por ello que hemos querido plantearnos si acaso existe una relación profunda entre esa desesperanza y ese individualismo, o lo que es lo mismo, si hay motivos para sostener que la amistad verdadera puede fundar y dar razones para la esperanza, siendo así que el verdadero antídoto para nuestro tiempo no sea solo la esperanza sino también la vida compartida junto a los amigos. Para ello hemos recurrido al pensamiento siempre actual de Tomás de Aquino y de otros pensadores clásicos que puedan darnos luz sobre esta especial vinculación entre amistad y esperanza.

II. Aclaraciones terminológicas sobre la esperanza

Para comprender adecuadamente la relación entre amistad y esperanza, conviene sobre todo precisar qué entendemos por esperanza y cuál es el sentido de la expresión que usaremos, puesto que no solo se distinguen distintos significados de la esperanza, sino que puede confundírsela con otros afectos o pasiones humanas que, aunque vinculados, no son propiamente esperanza.

Comenzaremos, en primer lugar, por esto último, ya que es necesario distinguir la esperanza de la espera o expectación, así como del deseo, porque pese a que están íntimamente relacionadas, no son, sin embargo, la misma realidad. La simple espera o expectación es un acto que dice relación con el aguardar algún acontecimiento que se producirá en el futuro sin ninguna intervención del sujeto que espera. Así decimos que esperamos al amigo que vendrá a recogerme o esperamos el domingo. Es esta una expectación

³ B. C. HAN, *El espíritu de la esperanza*, 34.

que supone un “*spectare*”, esto es, una dimensión cognoscitiva, un ver, un saber de aquello que vendrá; pero también, junto con esa dimensión cognoscitiva, la espera supone una dimensión afectiva, porque entraña cierta confianza de que tal evento se producirá⁴.

Por su parte, el deseo o concupiscencia es una pasión del apetito concupiscible que se actúa ante el bien deleitable fácil de conseguir. Tomás de Aquino, siguiendo a Aristóteles, sostiene que es “el apetito de lo deleitable”⁵. Y más adelante afirma que se refiere al bien ausente: “lo deleitable según el sentido, en cuanto de algún modo adapta y conforma el apetito a sí, produce el amor; mientras en cuanto ausente lo atrae hacia sí, produce la concupiscencia”⁶. Deseamos algo que no tenemos porque tiene algo que nos atrae, algo que aparece como deleitable. A la inmutación que causa el bien en el apetito, sigue un movimiento de deseo hacia ese bien en tanto que no es poseído. Podemos desear que un amigo nos venga a recoger a casa y podemos desear que llegue el domingo, pero no como en el caso anterior que se espera que ocurra, sino simplemente como un bien que de algún modo nos perfecciona. Porque lo deseamos, podemos esperar que ocurra, pero son dos actos diversos de los apetitos sensibles.

La esperanza, sin embargo, no es ni espera simple ni deseo. En primer lugar, porque la esperanza, aunque supone una espera de algo bueno futuro, y en esto se asemeja a la expectación, no obstante, eso esperado solo tendrá lugar con nuestro esfuerzo, contando con la propia acción del sujeto que espera. De otro modo no se realizará ese bien esperado, y en esto se distingue de la simple espera, como hemos visto.

En segundo lugar, la esperanza, si bien supone el deseo porque solo se puede esperar lo que se ama y desea, sin embargo, es un acto del apetito irascible que reacciona frente a un bien arduo, difícil de alcanzar, aunque posible, y en esto se distingue claramente del deseo⁷ que es un acto del apetito concupiscible que tiene relación con un bien deleitable, fácil de alcanzar. Ese mismo bien deseado, que aparece como deleitable, en tanto que tiene la condición de difícil de alcanzar o difícil de superar, es objeto de la

⁴ M. MANZANEDO, *Las pasiones según santo Tomás*, 196.

⁵ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 30, a.1.

⁶ *Ibidem*, a.2.

⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q.40, a.1.

esperanza por parte del apetito irascible en tanto que supone la realización de un esfuerzo para poder alcanzar su consecución. Así esperamos obtener el título de doctor o esperamos educar a nuestros hijos en el bien y la virtud.

De este modo, al distinguir la esperanza de aquellos afectos que no lo son, nos aparece más claramente su naturaleza propia. La esperanza es, antes que otra cosa, un afecto sensible en relación con un bien futuro, arduo y obtenible o posible para el sujeto apetente⁸; es una pasión que nos permite mantenernos confiados de alcanzar ese bien difícil que amamos. Por eso dice Manzanedo de modo sintético que “es causa de esperanza todo lo que se presenta como un gran bien, cuya obtención exige y merece mucho esfuerzo”, en otras palabras, la esperanza versa sobre aquello por lo que vale la pena luchar, de lo cual se deduce que la esperanza no es en modo alguno simple espera o deseo.

II. 1. Acerca de la esperanza y sus sentidos

Ahora bien, vistos aquellos afectos que no son en sentido propio “esperanza”, corresponde ver en qué consiste propiamente la esperanza, para poder identificar el significado que nos interesa para vincularla con la amistad. La esperanza, hemos dicho, es una pasión del apetito irascible que reacciona frente a un bien arduo ausente difícil de alcanzar, pero asequible. De allí, que Leonardo Polo distinga tres dimensiones fundamentales de la esperanza:

La primera dimensión de la esperanza es el optimismo. No puede haber esperanza sin optimismo, es decir, si no se entiende que existe un futuro por alcanzar que es mejor que el presente. No se puede reducir la esperanza a optimismo, sin embargo, si no se afirma que el mundo es mejorable, no habrá motivo para emprender y luchar por nada. No se trata de pensar que todo irá bien porque sí, sino que hay razones profundas para comprender la posibilidad de crecimiento y desarrollo de lo humano.

La segunda dimensión de la esperanza es la convicción de que el advenimiento del futuro depende del actuar humano, del propio y person-

⁸ M. MANZANEDO, *Las pasiones según santo Tomás*, 196-197.

⁹ M. MANZANEDO, *Las pasiones según santo Tomás*, 204.

al esfuerzo. Lo contrario al hombre esperanzado, por tanto, es el hombre utópico que afirma que no vivimos en el mejor de los mundos posibles y por eso hay que cambiarlo, pero que, sin la intervención del hombre, de modo mecánico y misterioso, sobrevendrá¹⁰.

La tercera dimensión son los recursos, los medios necesarios para poder alcanzar lo que se espera. Esperar es querer ser más porque se es poco, porque no se es suficiente, pero se puede ser más, se anhela esa plenitud. En relación con esto, señala Polo, es necesario destacar que la tarea esperanzada es imposible si se pretende afrontar en estricta soledad¹¹. El hombre aislado no puede llegar a un futuro mejor precisamente porque no tiene todos los recursos. Por tanto, la aventura de la esperanza no se puede acometer si no se cuenta con la ayuda de los demás. Esa ayuda reside sobre todo en la cooperación. En esta primera aproximación de la naturaleza de la esperanza, por tanto, se aprecia ya la necesidad de otros que nos ayuden en el camino hacia el bien que uno espera conseguir con dificultad, porque no podemos solos.

Siendo estas dimensiones aspectos esenciales de la esperanza, sin embargo, se da de modos distintos en las diversas maneras que tiene la esperanza de realizarse. Así, Tomás de Aquino establece tres tipos de esperanza que es necesario advertir para comprender adecuadamente nuestro tema.

En primer lugar, la esperanza de orden sensible o lo que suele llamarse la esperanza-pasión, que es el movimiento del apetito irascible hacia el bien sensible arduo y asequible. Es este el sentido que se usó primeramente para significar la esperanza (*spes*), común a los animales y al hombre. Por eso se dice, por ejemplo, del animal que va a luchar por su presa y espera conseguirla.

En segundo lugar, está la esperanza de orden intelectual, o la esperanza-afecto, o también llamada, esperanza humana, porque es propia del ser humano en el orden natural. No la comparte el hombre con los animales porque es la inclinación del apetito racional hacia el bien inteligible arduo y asequible, como en el caso anterior. Así espera el estudiante aprobar una asignatura o el médico realizar una intervención exitosa¹².

¹⁰ L. POLO, *La esperanza*, 162.

¹¹ L. POLO, *La esperanza*, 160.

¹² Cf. M. MANZANEDO, *Las pasiones según santo Tomás*, 205.

Estos dos sentidos se dan en el orden de la naturaleza e implican un movimiento de acceso hacia el bien futuro, arduo y asequible para el sujeto. Entrañan alguna certeza de adquirir ese bien por nuestro solo esfuerzo, o también con el auxilio de otras personas. Pero ambas se fundamentan en que el hombre tiene, en tanto imagen de Dios, un anhelo de plenitud y perfección, un deseo muy profundo de bien, que puede concretarse o no, pero que últimamente es deseo de eternidad. Ese anhelo de eternidad que llevamos incrustado en nuestro ser encuentra, después de la revelación cristiana, un objeto adecuado y conveniente. De modo que dicho anhelo se convertirá, por la acción salvífica de Cristo “en una potencia eficaz capaz de dar en el blanco del deseo, de modo que habitualmente y, por la gracia de Dios, se tiende hacia el fin último y se espera recibir los medios para conseguirlo. La esperanza humana se convierte así en virtud, la virtud teologal de la esperanza”¹³.

El tercer sentido, por tanto, no es otro que la virtud de la esperanza o esperanza cristiana. Esta es la que nos interesa en este trabajo y que consiste en el hábito virtuoso de orden sobrenatural, que nos inclina a confiar en la obtención de la felicidad perfecta, la visión beatífica del rostro de Dios, con la ayuda de la gracia divina y con nuestra colaboración. Si bien, no es pasión ni afecto, sino que es un hábito, no obstante, mantiene la significación de la inclinación a un bien arduo asequible, propia de los demás sentidos. La gran diferencia es que, además de ser una virtud infusa, el bien último no es otro que la última bienaventuranza. Más aún, esta virtud sobrenatural de la esperanza trae consigo una ordenación y dirección de la esperanza entendida en los sentidos anteriores, en tanto que queda vinculada a bienes futuros difíciles de alcanzar, pudiendo esperar de Dios el auxilio también para estos bienes temporales y percederos. Como afirma Pieper: “la esperanza sobrenatural “puede remozar las energías de la esperanza natural con un nuevo impulso”¹⁴.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* refiriéndose a la esperanza sobrenatural sostiene:

¹³ L. POLO, *La esperanza*, 158.

¹⁴ J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, 386.

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo¹⁵.

De este modo se aprecia cómo la esperanza en tanto virtud es la gran perfección del *homo viatoris*, que hemos dicho es el ser humano, es aquello que le permite mantenerse firme, confiando en conseguir la felicidad última y los medios necesarios para ello. Es, en palabras del Pieper, “la fuerza del anhelo hacia un ‘aún no’ que se dilata tanto más inconmensurablemente cuanto más cerca estamos de él”¹⁶.

Tomás de Aquino trata esta virtud teologal en la q. 17 de la segunda parte de la segunda parte de la *Summa Theologiae*. Allí dice de modo sintético que “la esperanza de que tratamos alcanza a Dios apoyándose en su auxilio para conseguir el bien esperado”¹⁷. De modo que su objeto propio es doble: Por una parte, ese objeto es Dios mismo, como Bien Infinito, capaz de saciar plenamente el corazón del hombre y darle la verdadera felicidad. En este sentido, el objeto de esta esperanza, al igual que el de la esperanza natural, es un bien futuro, en este caso, infinito, absoluto, intensivo, y por tanto arduo pero asequible, en tanto que lo esperamos de Dios mismo y tiene razón de causa final.

Por otra parte, además de Dios como Felicidad última, Santo Tomás afirma que también es objeto de la esperanza el auxilio con el que se consigue. Es en virtud de este objeto que santo Tomás se pregunta si con relación a dicho auxilio es lícito esperar en el hombre (o en cualquier otra criatura) que ayude a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza. Y el Aquinate responde diciendo que, si bien

no es lícito esperar en ningún hombre, o en criatura alguna, como causa primera que conduzca a la bienaventuranza; es lícito, sin embargo, esperar en el hombre o en otra criatura como agente secundario instrumental, que ayude a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza¹⁸.

¹⁵ *Catecismo Iglesia Católica*, n. 1817.

¹⁶ J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, 386.

¹⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.17, a.2.

¹⁸ *Ibidem*, a.4.

Dicho de otro modo, si bien en cuanto causa final no es posible esperar en otro hombre, sí en el orden de las causas eficientes, en tanto que otros hombres y otras creaturas pueden ayudarnos de diversos modos a sostener la esperanza de alcanzar a Dios.

Por ello, continua Tomás, pedimos algunos bienes a los hombres, y a menudo a estos hombres, a quienes pedimos y nos aportan auxilio, los llamamos amigos y de este modo la amistad se convierte en nuestra vida de *viatores* en fuente de esperanza en orden a alcanzar la eterna bienaventuranza.

De esta manera se aprecia que siendo la esperanza una virtud teologal que se sostiene por la fe y que alcanza su consumación en la caridad dando plenitud al ser humano, es posible sostener que la vida amistosa en esta vida presente puede ser fundamento de la esperanza y sostener al hombre en la consecución de su felicidad. El modo cómo eso se debe entender y su profundización es lo que nos proponemos tratar a continuación.

III. Tres notas sobre la amistad

Vista la posibilidad de establecer una relación entre la amistad y la esperanza, es necesario, aunque sea brevemente, hacer algunos apuntes sobre la amistad. El asunto de la amistad es un tema recurrente en la filosofía, especialmente en la filosofía clásica y medieval¹⁹. A modo de síntesis, destacamos tres notas:

La primera nota es que la auténtica amistad, “la amistad hermosa”²⁰, al decir de Aristóteles, se entiende como afecto o amor: un amor benevolente,

¹⁹ Su mayor exponente en la filosofía clásica es Aristóteles, destacando su inestimable aportación en los libros VIII y IX de la *Ética a Nicómaco*. Posteriormente Cicerón, en el célebre *De amicitia* escrito en forma de diálogo, también dejó clara su alta concepción de la amistad. Más tarde Agustín recogió el testigo del jurista romano y aportó las claves cristianas de la amistad. El Doctor de la Gracia es conocido por vivir apasionadamente toda su vida y también de vivir apasionadamente la amistad. Tanto es así que, para algunos, la única coordenada de la amistad puede explicar todo lo que hizo y vivió aquel hombre extraordinario. Más adelante Aelredo de Rieval (1110-1167), describió su propia experiencia de la amistad en la vida monástica en *De spirituali amicitia*. Y ya en el siglo en el s.XIII será Tomás de Aquino quien recogería el testigo de la tradición y dejaría abundantes perlas repartidas en toda su obra acerca de la excelencia de la amistad. Edad moderna y contemporánea la amistad decae como tema filosófico.

²⁰ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, L. VIII, cap. 1. 1155a 31 ss

recíproco y conocido de ambos. La amistad es amor desinteresado, gratuito, honesto por el amigo²¹. Esto será sostenido también por toda la tradición posterior, especialmente por Tomás de Aquino, pero también se aprecia en el mundo clásico. Según Cicerón, por ejemplo, “la amistad, sin duda, no es ninguna otra cosa más que un común sentir en las cosas divinas y humanas, unido con una benevolencia llena de amor”²². El amor no se origina en la necesidad de suplir la propia indigencia e imperfección, o satisfacer la propia utilidad, sino que se funda en la natural tendencia a buscar el bien del otro²³.

Agustín de Hipona continuará con dicha tradición y la elevará con el influjo propio del cristianismo. En *Contra Academicos* sostiene que:

Mi amigo, más íntimo, no solo está de acuerdo conmigo en lo que atañe a la probabilidad de la vida humana, sino también en lo relativo a la religión, lo cual es indicio clarísimo de un verdadero amigo. Porque la amistad fue muy bien y santamente definida como un acuerdo benévolo y caritativo en relación con las cosas divinas y humanas²⁴.

Esta fórmula del recién convertido Agustín será completada más adelante para culminar en la *vera amicitia*, introduciendo el amor divino en la definición. Así al describir el paso de la amistad incompleta a la *vera amicitia*, el doctor de la gracia señala que la verdadera amistad no es posible sino con la caridad divina pues “no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes Tú aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”²⁵.

La segunda nota que queremos destacar de la amistad es uno de los efectos del amor que Tomás de Aquino llama la “*mutua inhaesio*” por la que “el amante esté en el amado, y viceversa”²⁶. El amor es una fuerza unitiva y busca perfeccionarse en esta inhesión por la que los amigos se hacen propiamente uno. Así, el Aquinate enseña que:

²¹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, L. VIII, cap. 2. 1155b, 33ss y 1156a, 3ss

²² CICERÓN, *De Amicitia*, VI, 20

²³ CICERÓN, *De Amicitia*, VIII, 26, 27

²⁴ AGUSTÍN DE HIPONA, *Contra académicos*, L. III, capítulo 6 – 13. N. 386.

²⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IV, 3, 7

²⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II q.28. a.2

en el amor de amistad, el amante está en el amado, en cuanto considera los bienes o males del amigo como suyos y la voluntad del amigo como suya, de suerte que parece como si él mismo recibiese los bienes y los males y fuese afectado en el amigo (...) De modo que, en cuanto considera suyo lo que es del amigo, el amante parece estar en el amado como identificado con él. Y, viceversa, en cuanto quiere y obra por el amigo como por sí mismo, considerando al amigo como una misma cosa consigo, así el amado está en el amante (...) los amigos se aman mutuamente y quieren y obran el bien el uno para el otro²⁷.

De este modo se aprecia claramente que la amistad no causa solo una unión en la que el amigo está junto al amigo, sino un verdadero inhabitar, una común unión de los que se aman hasta el punto de que ya no son dos, sino una sola cosa.

Cicerón ya había señalado esta estrecha y profunda unión al describir su amistad con Escipión el Africano:

Disfruto tanto con el recuerdo de nuestra amistad, que me parece haber vivido con toda felicidad porque he vivido con Escipión. Con él he tenido enteramente unidos mis intereses, tanto los públicos como los privados. Con él he tenido en común tanto la paz como la guerra y aquello en lo que radica la verdadera naturaleza de la amistad: la máxima compenetración en el querer, en el sentir y en el pensar²⁸.

De hecho, Cicerón recurre aquí a la clásica definición de la unión de los amigos en una sola alma²⁹ y manifiesta expresivamente que su amigo Escipión era otro como él: “¿Qué más dulce que tener con quien poder hablarlo todo como con uno mismo? ¿Cómo podrían resultar agradables los frutos de la prosperidad, si no tuviéramos a alguien que pudiera disfrutar de ellos igual que nosotros mismos?”³⁰

Por su parte San Agustín será pródigo en hacer referencia a esta unión entre los amigos. Baste como ejemplo la larga amistad de treinta y cinco

²⁷ *Ibidem*

²⁸ CICERÓN, *De amicitia*, IV, 15

²⁹ CICERÓN, *De amicitia*, XXV 92 "...consistiendo la esencia de la amistad en hacer, por así decirlo, de varias almas una sola"

³⁰ CICERÓN, *De amicitia*, VI, 22.

años con Alipio, que parece hacerlos prácticamente “intercambiables”³¹ el uno con el otro, y así en su carta a Jerónimo escribe:

Quando él [Alipio] te veía ahí [a Jerónimo], *yo mismo te veía también por sus ojos*. Quien nos conozca a ambos, *diría que somos dos, más que por el alma, por sólo el cuerpo*; tales son nuestra *concordia e intimidad leal*, aunque él me supera en méritos³².

De igual modo, Agustín contesta a Antonino de su parte y de parte de Alipio, porque de hecho se consideran uno sólo siendo su amigo su otro yo:

Los dos, Alipio y yo, te debemos contestación. Pero vas a recibir una de las dos partes recargada, puesto que ahí ves presente a Alipio, *por cuyas palabras me acogerás a mí*. Podía no haberte contestado yo, pero lo hice porque él me lo pidió, ya que al ir él a ti, podría parecer inútil mi carta. Pero quizás hablo contigo con mayor fruto que si estuviese ahí, *ya que lees mi carta y escuchas a Alipio, en cuyo pecho sabes muy bien que habito*³³.

Por último, la tercera nota, se refiere a la relación de la amistad con lo eterno y lo Absoluto señalada y destacada por diversos autores. La amistad no es algo puramente terreno, sino que está ligada a lo trascendente, a lo que no pasa. C.S Lewis en su obra *Los cuatro amores* señalaba en pleno siglo XX que “de todos los amores, ese [la amistad] es el único que parece elevarnos al nivel de los dioses y de los ángeles”³⁴. De algún modo al amigo se le hace una promesa implícita: “te querré siempre”, lo que liga la amistad verdadera a la eternidad. En *De Amicitia*, precisamente, Cicerón presenta la reflexión de Lelio sobre su amigo Escipión, vinculando su amistad con la eternidad, lo divino y los dones de los dioses inmortales:

espero que el recuerdo de nuestra amistad ha de ser *eterno*, y tanto más lo espero cuando que, en el transcurso de todos los siglos, apenas se ven citadas tres o

³¹ J.F. PETIT, *Saint Augustin et l'amitié*, p 51. La traducción de las citas de *Saint Augustin et l'amitié* son nuestras.

³² AGUSTÍN DE HIPONA, *Cartas*, 28,1

³³ AGUSTÍN DE HIPONA, *Cartas*, 20,1

³⁴ C. S. LEWIS, *Los cuatro amores*, 71.

cuatro parejas de amigos; respecto a lo cual creo poder esperar que la amistad entre Escipion y Lelio habrá de ser conocida *por la posteridad*³⁵.

“Eternidad, todos los siglos, posteridad”, todas palabras que aluden a una unión que no acaba, que permanece más allá de la vida presente. Por eso, dice más claramente a continuación:

con la esperanza de que el recuerdo de nuestra amistad será imperecedero. Y esto me llena de gozo más aún por aquello de que, en toda la historia, apenas gozan de renombre más de tres o cuatro parejas de amigos. Me parece que puedo esperar que la posteridad reconocerá entre ellas la amistad de Escipión y Lelio³⁶.

En definitiva, “las verdaderas amistades son imperecederas”³⁷. En el caso de San Agustín, Teófilo Viñas nota en su estudio de la amistad que “si vivimos creando vínculos de verdadera amistad, otorgamos un valor inmenso a cada momento de nuestra vida; lo convertimos en un instante eterno, por así decir, y nos encaminamos hacia una plenitud futura que ahora no podemos vislumbrar”³⁸. Y de modo similar, Jean-François Petit en su obra *Saint Augustin et l'amitié* afirma que fue conversando con sus amigos, buscando junto a ellos, como el alma de Agustín se abrió a la inteligencia del misterio hasta alcanzar la contemplación amorosa de Dios³⁹, siendo particularmente conocido el caso del éxtasis en Ostia con su madre relatado en las *Confesiones*. Fue precisamente “ese impulso de amor” el que permitió a Agustín y a Mónica, durante la “éxtasis de Ostia”, llegar a “esa región de delicias inefables” donde lo temporal se une a lo eterno, donde el alma parece como “arrebataada, absorbida, animada en la contemplación de lo inefable”⁴⁰.

Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente, en donde tú apacientas a Israel eternamente con

³⁵ CICERÓN, *De amicitia*, IV, 15.

³⁶ CICERÓN, *De amicitia*, IV, 15.

³⁷ CICERÓN, *De amicitia*, IX, 32.

³⁸ T. VIÑAS, *El Santo amigo: Agustín de Hipona, un maestro de la amistad*, 23.

³⁹ J.F. PETIT, *Saint Augustin et l'amitié*, 157.

⁴⁰ *Ibidem*

el pasto de la verdad, allí donde la vida es Sabiduría, por quien todas las cosas existen(...) Y mientras estamos hablando y suspirando por ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón (*toto ictu cordis*)⁴¹.

III. 1. La amistad, fundamento de la esperanza

Así pues, tal como hemos visto, la amistad es afecto o amor entre los amigos: un amor benevolente, recíproco y conocido de ambos, pero aún más, un amor que causa una profunda unión, una verdadera inhesión en la que los amigos se vuelven uno y el mismo, un alma en dos cuerpos, y que trasciende esta vida presente, que conecta con lo eterno y absoluto. Pues bien, es este amor honesto el que sostenemos que fundamenta y hace más perfecta la esperanza; es esta amistad la que nos parece, siguiendo a Tomás de Aquino, que tiene una íntima relación con la esperanza cristiana.

Si bien podría sostenerse que no es posible que la amistad pueda fortalecer y fundamentar a la esperanza, puesto que esta última tiene por objeto a Dios como fin y perfección última del ser humano, mientras que la amistad, como hemos dicho, es un amor de benevolencia en el que se busca el bien y la perfección de los amigos, no obstante, Tomás de Aquino nos permite vislumbrar dicha relación, en tanto que se pregunta con relación a la esperanza si acaso es posible esperar en el hombre.

Para responder recordamos lo que apuntábamos nosotros al principio: la virtud de la esperanza tiene, dice Santo Tomás, dos objetos: por una parte, bajo razón de causa final, el objeto de la esperanza es la vida eterna. Y, por otra parte, la esperanza también tiene como objeto el auxilio con que se consigue ese bien, teniendo este un carácter de causa eficiente⁴². En lo que respecta al auxilio, prosigue Tomás, existe una causa primera eficiente, que es Dios mismo, el Auxilio Divino. Sólo en Dios podemos esperar como causa primera que nos conduzca a la bienaventuranza, y en nadie ni nada más. No obstante, Santo Tomás distingue que, en las causas eficientes es necesario considerar no solo lo que es principal –la causa primera –, sino también las causas segundas. Por ello, al preguntarse si se puede lícitamente esperar en el hombre, responde: “es lícito, sin embargo, esperar en el hombre o en

⁴¹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IX, 10, 24.

⁴² TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.17, a.4.

otra criatura como agente secundario instrumental, que ayude a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza⁴³. En efecto, siempre como agente secundario, porque no hay esperanza sino en tanto que fundada en Dios. Luego, sí es posible esperar en el hombre, como agente secundario. Tanto que, incluso, agrega Tomás de Aquino, que por eso esperamos en los santos y en algunos hombres que nos aportan ciertos bienes. Lo cual se ve confirmado por el Aquinate al decir en el *Tratado de las Pasiones* lo siguiente:

surge en el hombre un doble movimiento de esperanza, como doble es el modo de serle posible una cosa, esto es: por su propio poder y por el poder de otro. Por tanto, lo que uno espera conseguir por su propio poder no se dice aguardarlo expectante, sino esperarlo solamente. Pero, propiamente hablando, se dice esperar con expectación (*expectare*) lo que se espera por el auxilio ajeno, de modo que se dice *expectare* como implicando el fijar la mirada en otro (*ex alio spectare*), es decir, en cuanto que la potencia aprehensiva, yendo adelante, no sólo mira al bien que intenta conseguir, sino también a aquello por cuyo poder espera conseguirlo, según lo que dice Eclo 51,10: *Miraba en busca del socorro de los hombres*⁴⁴.

De este modo se aprecia que en vistas a afirmar la esperanza es posible contar para ello con el soporte y el auxilio de otros hombres que, desde luego, quieran auxiliarnos. Pero entre aquellos en los que más se espera dicha ayuda están los que nos quieren bien, los amigos con los que compartimos la vida. De allí que sea razonable afirmar que sea posible concebir la amistad como fundamento de la esperanza.

Dicha relación y fundamentación la hace más explícita Tomás de Aquino al poner en relación la esperanza y la caridad. Se pregunta el Aquinate si es la esperanza anterior a la caridad y en su respuesta el doctor común distingue un doble orden: el primero por vía de generación y de materia y el segundo en el orden de la perfección. En el primer sentido no parece que sea posible sostener que la amistad fundamente a la esperanza, porque como señala el Aquinate: “la esperanza conduce a la caridad, en cuanto

⁴³ *Ibidem*

⁴⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 40, a.2

que, esperando de Dios la remuneración, se mueve a amarle y a guardar sus mandamientos”⁴⁵. Sin embargo, en el segundo sentido, esto es, en el orden de la perfección de la caridad y, por tanto, la amistad, sí que precede a la esperanza y puede volverse su fundamento.

Claramente dice santo Tomás que “en el orden de perfección la caridad es anterior a la esperanza. Por eso, cuando aparece la caridad, se hace más perfecta la esperanza, ya que esperamos más de los amigos”⁴⁶. Breve fórmula, pero llena de profundidad y de sabiduría. En efecto, el amor de los amigos fortalece la esperanza porque de ellos se recibe más, se puede más, se espera más, en tanto se recibe de ellos el bien desinteresadamente, en tanto que el amigo es uno con su amigo, la mitad de su alma, tal como hemos señalado.

Esta afirmación de Tomás de Aquino, por otra parte, nos permite entender más claramente lo que él mismo señalaba en relación con la pasión de la esperanza: “ser amados por alguien nos hace esperar en él”⁴⁷. Así cuanto mayor es el amor de los amigos, más se afirma y dilata nuestra esperanza, más esperamos, pues nos es mucho más fácil pedir, confiar, esperar en ese amigo cuyo amor se nos ha hecho patente. De este modo, la amistad precede y es fuente nuestra esperanza de alcanzar el bien. Y así, podemos decir que lo propio de la amistad, lo que de ella se deriva, *per se*, es vivir con mayor esperanza.

Cicerón, que ya intuía esta verdad, afirmaba:

Como quiera que la amistad trae consigo tantísimas y tan grandes ventajas, hay una que seguramente es la mayor de todas: que hace concebir buenas esperanzas para el porvenir y no deja que desfallezca o decaiga nuestro ánimo⁴⁸.

Precisamente en la fortaleza de nuestro ánimo en orden a la consecución de nuestra felicidad es cuando más necesitamos a los amigos. Y esto porque podría darse que la dificultad nos venciese y empezáramos a considerar el bien como inalcanzable, cayendo entonces en la desesperación. Tomás nos recuerda que la esperanza entraña un movimiento o inclinación del apetito

⁴⁵ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 17, a.4

⁴⁶ *Ibidem*, a.8

⁴⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q.40, a.7.

⁴⁸ CICERÓN, *De Amicitia*, VII, 23.

hacia el bien arduo⁴⁹ y observa que implica siempre tendencia a un final apropiado al móvil; de ahí que la virtud de la esperanza haga referencia directamente al bien propio, no al bien que atañe a otro⁵⁰. Pero la amistad lo cambia todo en virtud de esa profunda unión y presencia recíproca que se da entre los verdaderos amigos: por esa presencia afectiva a la que nos referimos anteriormente y que además solemos expresar cuando decimos que llevamos a alguien en el corazón⁵¹, se puede sostener que los que se aman están mutuamente presentes, no sólo por el conocimiento, sino también por el afecto⁵² y así el amigo quiere y espera para el otro lo mismo que para sí:

cuando uno ama a alguien con amor de amistad, quiere el bien para él como lo quiere para sí mismo. Por eso lo aprehende como otro yo, esto es, en cuanto quiere el bien para él como para sí mismo. De ahí que el amigo se diga ser otro yo⁵³.

De esta manera Tomás puede afirmar algo asombroso, y es que:

presupuesta la unión de amor con otro, puede desear y esperar algo para él como para sí mismo. Bajo este aspecto puede uno esperar para otro la vida eterna en cuanto está unido a él por el amor. Y como es la misma la virtud de la caridad con que se ama a Dios, a sí mismo y al prójimo, una misma es también la virtud de la esperanza con que se espera para sí y para otro⁵⁴.

De esta manera, se aprecia que el amigo no solo tiene para sí mismo la esperanza, sino que la tiene y la sostiene también para su amigo. Y no puede ser de otro modo, ya que la amistad es una participación en la vida presente de la felicidad, en tanto que el hombre feliz necesita de amigos, no tanto, como enseña el Aquinate, por la utilidad, pues se basta a sí mismo; ni por delectación perfecta en la operación de la virtud, sino para obrar bien, es decir, para hacerles bien y, para que, al verlos, le agrade hacer el bien⁵⁵. Aquí

⁴⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II q. 17, a.3.

⁵⁰ *Ibidem*

⁵¹ M. F. ECHAVARRÍA, “La presencia afectiva según Tomás de Aquino”, 195.

⁵² *Ibidem*

⁵³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.28, a.1.

⁵⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.17, a.3.

⁵⁵ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 4, a.8.

radica el gran fundamento que ofrece la amistad a la esperanza, que mueve a los amigos a hacerse bien mutuamente y a hacerlo tal como si se lo hicieran a ellos mismos, de modo que nada se puede querer más para uno que la confianza en alcanzar la vida eterna a la que se está llamado. De allí que diga Tomás de Aquino que la amistad “reporta muchas ventajas en cuanto que cualquier amigo favorece a otro como a sí mismo. Por eso es preciso que, cuando uno ama a otro y sabe que es correspondido, tenga esperanza en él”⁵⁶. Dicha esperanza en los amigos, desde luego, supone la esperanza en Dios, que es la preparación del hombre para el verdadero amor de Dios, pero también, como el mismo Tomás de Aquino lo afirma, el hombre por los amigos, “se consolida en la esperanza mediante la caridad”⁵⁷.

Aún se aprecia de modo más claro esta relación de la amistad con la esperanza cristiana cuando Tomás de Aquino se pregunta, hablando sobre la bienaventuranza eterna, si puede el hombre adquirir la bienaventuranza por sus medios naturales. Su respuesta es, como sabemos, categórica: “*ni el hombre ni ninguna criatura puede conseguir la bienaventuranza última por sus medios naturales*”⁵⁸. Y a continuación leemos en la respuesta a la primera objeción:

Lo mismo que la naturaleza no falla al hombre en lo necesario, no le dio armas ni vestido como a los otros animales, porque le dio razón y manos para conseguir estas cosas; así tampoco le falla al hombre en lo necesario, aunque no le diera un principio con el que pudiera conseguir la bienaventuranza, pues esto era imposible. No obstante, le dio libre albedrío, con el que puede convertirse a Dios, para que le haga bienaventurado. *Pues lo que podemos mediante los amigos, de algún modo lo podemos por nosotros mismos*⁵⁹.

Los amigos constituyen una ayuda invaluable para acercarnos a la vida eterna y que se realice nuestra esperanza. De este modo, santo Tomás nos enseña siguiendo a Aristóteles, que el hombre, individualmente, no puede alcanzar la Bienaventuranza eterna y, de hecho, ni siquiera su propia perfección natural, porque dada su naturaleza social, requiere de la compañía de

⁵⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra gentes*, L. III, c.153.

⁵⁷ *Ibidem*

⁵⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q.5, a.5.

⁵⁹ *Ibid*, ad.1.

otros, para alcanzarla. La constitución *Gaudium et Spes*, haciéndose eco de las enseñanzas clásicas afirmaba que

La índole social del hombre demuestra que el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. Porque el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su misma naturaleza, *tiene absoluta necesidad de la vida social*. La vida social no es, pues, para el hombre sobrecarga accidental. Por ello, a través del trato con los demás, de la reciprocidad de servicios, del diálogo con los hermanos, *la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades y le capacita para responder a su vocación*⁶⁰.

Aristóteles y Tomás destacan de modo especial en esta sociabilidad y, por tanto, a esa ayuda necesaria para alcanzar la propia felicidad, a los amigos para vivir la vida buena, pues “la amistad es lo más necesario para la vida, sin amigos nadie querría vivir, aunque tuviera todos los otros bienes”⁶¹. Así los amigos nos auxilian para poder vivir la vida buena y a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza⁶².

Sin embargo, en este texto Tomás nos dice algo más profundo al citar al Filósofo, porque “los amigos” con los que podemos aquello que no podemos por nosotros mismos, incluye a Dios mismo. Más propiamente a Cristo, para quien no somos siervos, sino verdaderos amigos⁶³, por los que ha dado su vida, haciendo realmente posible que a través de su gracia lo podamos todo, incluso lo imposible. Dentro de lo cual se encuentra la consecución de la felicidad última que escapa a las posibilidades de nuestra naturaleza. Como señala Tomás de Aquino, “la bienaventuranza perfecta del hombre consiste en la visión de la esencia divina. Ahora bien, ver a Dios por esencia es superior no sólo a la naturaleza del hombre, sino también a la de toda criatura”⁶⁴. Pero esto que para nosotros, por nuestra naturaleza humana y caída resulta imposible, Cristo el Amigo, lo ha hecho posible por su pasión, muerte y resurrección. Con Él se cumple nuestra esperanza, sin él, en

⁶⁰ *Gaudium et Spes*, n. 25.

⁶¹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, L. VIII, cap. 1. 1155a, 3.

⁶² TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.17, a.4.

⁶³ Jn. 15, 15

⁶⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q.5, a.5.

cambio, nada podemos. Por eso dice Pieper que la vinculación de nuestra esperanza a Cristo, “es tan decisiva que no puede esperar nada quien no está en Cristo”⁶⁵. Esta vinculación decisiva nos es revelada en aquel momento cumbre de la última cena con los discípulos en la que Cristo se manifiesta como el Amigo, llamándonos a todos a su amistad. Como leemos en el evangelio de San Juan, Jesús nos llama amigos “porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”. Este es, para santo Tomás, el verdadero signo de amistad de Cristo:

En efecto, el verdadero signo de amistad es que un amigo revela los secretos del corazón a su amigo. En efecto porque el corazón de los amigos es uno solo y una sola alma, no parece que un amigo ponga fuera de su corazón lo que revela al amigo⁶⁶.

Al comunicarnos sus secretos más íntimos y gozosos con el Padre, en cierto modo Cristo ya nos comunica su bienaventuranza⁶⁷. A esto, el Aquinate añade: “es menester que sobre esa comunicación se establezca alguna amistad. (...) Y el amor fundado sobre esta comunicación es la caridad. Es, pues, evidente que la caridad es amistad del hombre con Dios”⁶⁸. La amistad es comunicación de vida, y en el caso de la amistad que Cristo nos ofrece es, claramente, comunicación de vida eterna. Por tanto, el *homo viator* tiene la posibilidad, si él quiere, de acoger el don de la amistad con Cristo que le conduce la eterna bienaventuranza. Jean François Petit, en el contexto de la teología bíblica agustiniana, afirma que la Encarnación, que conduce a la Redención y por tanto a la eterna Bienaventuranza, no tiene otro propósito más que acoger la amistad que Dios nos brindó en la última cena:

No se trata tanto aquí de buscar la amistad con Dios como de acoger la suya. Tanto amó el Padre a los hombres que dio como prenda de amistad a su propio Hijo. La encarnación no tiene otro motivo. Según la Escritura, el Verbo se hizo carne, habitó, murió y resucitó por nosotros. La amistad de Dios para con

⁶⁵ J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, 383.

⁶⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Comentario al Evangelio de San Juan*, n. 2016.

⁶⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.23, a.4.

⁶⁸ *Ibidem*

todos los hombres se manifiesta así en toda la historia de la salvación: encarnación, cruz y resurrección⁶⁹.

Por tanto, tal como hemos visto, del amor de los amigos, siendo Cristo el primero, mana como de una fuente la esperanza de alcanzar la eterna bienaventuranza.

Por último, vale la pena añadir que la amistad tiene igualmente la virtud de hacer brotar la esperanza para el aquí y ahora, haciéndonos partícipes, misteriosamente, de una bienaventuranza en este mundo, abriendo una ventana por la que entrara una bocanada de Bienaventuranza eterna. Si el ancla ha representado típicamente la esperanza inamovible, también el ancla viene a unir el cielo y la tierra en virtud de la amistad. Paul Wadell lo da a entender cuando dice:

Aristóteles no llamó a estas amistades simplemente “cualquier” amistad, sino las amistades de aquellos que aman la virtud. En la *Ética a Nicómaco*, estas emergen como centrales para la vida moral, no solo porque se convierten en el contexto en el que la vida moral sobrevive, sino también porque en ellas reside una esperanza que el mundo olvida con demasiada facilidad que necesita⁷⁰.

Parafraseando a Aristóteles, Wadell precisa que existe una esperanza que la amistad hace florecer, y que “el mundo” olvida fácilmente tal vez porque señala a “otro mundo”. Así la amistad vendría a ser un lugar teológico donde se fundamenta, esa esperanza. La amistad, que “no es cualquier amistad”, sino arraigada en la virtud, en el Bien, en Dios, encarna una esperanza: la esperanza de que, a través de la amistad, puedan tocar a Dios; la esperanza de que su amistad, afirma Wadell, les medie [a los amigos] el bien que desean llegar a ser⁷¹.

⁶⁹ J.F. PETIT, *Saint Augustin et l'amitié*, 120.

⁷⁰ WADELL, *Friendship and the Moral Life*, 68. La traducción de las citas de *Friendship and the Moral Life* son nuestras.

⁷¹ WADELL, *Friendship and the Moral Life*, 105. Wadell también recoge que, según el cisterciense San Elredo de Rieval, «la única amistad digna de ese nombre es aquella en la que los amigos son unidos en virtud del Dios que ambos buscan. Son amigos porque cada uno ve en el otro el deseo que también es el suyo propio, y saben que el propósito de su amistad no es solo amarse mutuamente, sino que, al amarse, también aman a Dios. *Su amistad encarna una esperanza: la esperanza de que, a través de la amistad, puedan tocar a Dios*; la esperanza de que su amistad les medie el bien que desean llegar a ser».

IV. Conclusión

En el corazón de todo hombre *viator* resuena una aspiración profunda a un bien superior, que trasciende sus fuerzas, pero que, a pesar de ser arduo, consideramos, en el fondo, alcanzable. Esta esperanza interior, inscrita en nuestra naturaleza, nos impulsa a confiar en la posibilidad de conseguir ese bien futuro, que es la felicidad plena. Sin embargo, como peregrinos en la tierra, no podemos recorrer este camino en soledad. Necesitamos del otro, de los amigos, para alcanzar la vida buena tanto en esta existencia como en la eternidad. Frente a la tentación del individualismo nihilista, que encierra al hombre en sí mismo y lo sume en la desesperanza, la amistad emerge como un antídoto poderoso, una fuente viva de esperanza que nos recuerda nuestra condición de seres en comunión, creados a imagen y semejanza de un Dios que es relación. La amistad, enraizada en la virtud y en Cristo, no solo sostiene nuestra esperanza de alcanzar el destino anhelado, la bienaventuranza eterna, sino que también nos permite vislumbrar y gozar de pequeñas bienaventuranzas en nuestra condición presente de *viatoris*. Todo esto adquiere un sentido aún más profundo porque Cristo mismo se ha declarado nuestro Amigo, ofreciéndonos su amor y su gracia como el fundamento último de nuestra esperanza.

Entonces, tal vez se puede afirmar que toda auténtica amistad aquí en la tierra es participación de la amistad que Cristo nos propone a cada uno. Así quien acepta la amistad con Cristo podrá hacer las obras que Jesús hace, y aún mayores⁷² por sus amigos aquí en la tierra. Si la amistad con Cristo es nuestra única fuente de nuestra esperanza teológica, de modo análogo, la amistad honesta participada por Cristo en la tierra es también fuente de esperanza. Esta concepción permite a Santo Tomás reconciliar la dependencia absoluta en Dios con la práctica de buscar ayuda en otros seres creados, manteniendo una jerarquía clara donde Dios es siempre la fuente última de toda ayuda y gracia. Santo Tomás aclara que es lícito esperar en estos agentes secundarios, bajo el entendido de que su poder para ayudar proviene de Cristo y está subordinado a Él, el Amigo.

⁷² Jn 14, 12

Referencias bibliográficas

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* <https://www.augustinus.it/>
— *Cartas* <https://www.augustinus.it/>
— *Contra Académicos* <https://www.augustinus.it/>
- ARISTÓTELES (1985). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Centro de estudios constitucionales.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html
- CICERÓN(1954). *Las Leyes- La vejez- La amistad*. Buenos Aires: TOR.
— (2002). *La amistad*. Madrid: Trotta
- CONCILIO VATICANO II. *Constitución Gaudium et Spes*, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html.
- ECHAVARRÍA, M. F. (2022). La presencia afectiva según Tomás de Aquino. *Sapientia*, LXXVIII, 252, 194-221.
- LEWIS, C. L. (2008). *Los cuatro amores*. Madrid: Rialp.
- MANZANEDO, M. (2004). *Las pasiones según santo Tomás*. Salamanca: Editorial San Esteban.
- PETIT, J.F. (2008). *Saint Augustin et l'amitié*. Paris: Desclée De Brouwer.
- PIEPER, J. (1998). *Las virtudes fundamentales*. 6ª edición, Madrid: Rialp.
- POLO, L. (1998). *La esperanza*. *Scripta Theologica* 30, 1, 157-164.
- TOMÁS DE AQUINO (2001). *Suma de teología*. Madrid: BAC.
— (2000). *Opera Omnia*. En E. ALARCÓN (coord.). *Corpus Thomisticum* <https://www.corpusthomicum.org/iopera.html>
— *Summa Contra gentiles (1967)*. Buenos Aires: Círculo de Lectores.
- VIÑAS ROMÁN, T. (2017). *El santo amigo. Agustín de Hipona, un maestro de la amistad*. Madrid: Rialp.

